

Mil delicias el estómago
En una comida encuentra,
Mas los postres las amargan
Cuando presentan la cuenta.

706

La Saeta

-6 OCT. 1973



20 Cts.

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Jindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Preguntándole á Diógenes cuál era el animal de más peligrosa picadura, respondió:

Entre los animales feroces, el delator; y entre los animales domésticos, el adulador.

En un establecimiento de baños:

El marido (á su mujer, que está en el baño).—¿Cómo te encuentras?

La mujer.—¡Oh! perfectamente. Me siento airada.

El marido.—¡Magnífico! Hemos alquilado la habitación por cuatro semanas á un precio altísimo, y ahora me sales con eso. ¡Bonito negocio hemos hecho!

En una casa de huéspedes:

Un pupilo, á quien acaban de servir la sopa, llama al criado y le enseña el plato.

El muchacho le dice al oído:

—Ya lo veo, señorito; es un pelo de la patrona, pero no diga usted nada, porque como aquí hay dos ó tres que le hacen el amor, van á tener envidia.

Un individuo se presenta en una fotografía y dice que desea le hagan el retrato de su tío.

—Pero ¿dónde está el tío?

—Ha muerto.

—Tendrá usted algún retrato suyo...

—No, señor; pero puedo dar á usted todas sus señas y pormenores.

Tío.—¿Por qué lloras de ese modo, Paquito?

Sobrino.—Porque en la escuela me han dicho que eres tonto.

Tío.—¡Bravo! No quieres que se insulte á tu tío.

Sobrino.—No; lo que yo no quiero es tener un tío tonto...

Charada

Yo ahora te *dos-primera*
á que bregues, si eres *todo*,
sin que un *prima* con *tercera*
te coja de cualquier modo
y saques *tercia* con *prima*
el terno que te ha comprado
ese hombre, que me da grima
llamándose «apoderado».
¿Apuestas? Contesta listo
y lo diré en LA SAETA.
Un *todo* cual tú, no he visto
más tumbón y más maleta.

MORENO

Logogrifo numérico

						1	Consonante.
					7	8	Medicina.
				3	8	6	Antorcha.
			5	6	5	6	Mi suegra.
		3	5	8	7	4	Ardid.
	5	6	7	8	5	2	Ladrón.
5	8	3	5	4	7	2	Fotografía.
1	2	3	4	5	6	7	8 Mala cabeza.

A. DÍAZ

Jeroglífico comprimido

Julio

FRAY FUNESTO

Rompe-cabezas

Con dos negaciones
y una afirmación
(ya ves tú si es fácil
lo que encargo yo),
formarás un sitio
que es mi solución.

C. ESTELA

Soluciones á lo insertado en el núm. 705

CHARADA.—Calabaza.

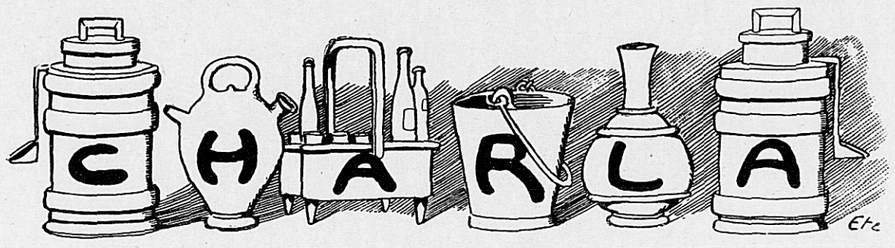
FAROL ACRÓSTICO.—Escorial.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Repasar.

CUADRADO:

A M O R
M O R A
O R A R
R A R A

AÑO XV BARCELONA 2 DE JUNIO DE 1904 NÚM. 706



Ya hemos llegado á junio.

Junio, el hermoso mes de las verbenas. De las fiestas y funciones monstruo y de los amores más *monstruos* todavía. ¡Ay sí!

Conozco yo familia que está esperando este mes como la venida del Mesías, para poder *solazarse* con los espectáculos nocturnos, sí que también alegres y baratos.

Las de Cosmopolis, guardan muy buenos recuerdos del junio del año pasado, ya que gracias á la temperatura y á otros excesos, se ha aumentado la familia de un modo considerable.

Dos varones. Ni uno más ni uno menos.

El primero, el novio de la Purificación, la mayor de las chicas.

El novio, que es amigo de un periodista, logró de éste unas butaquitas de favor y convidó á su dulce dueño, á su hermanita menor y al *gravamen* de ellas, ó sea la mamá.

Asistieron á la representación, lo bastante comedidos para no ser llamados al orden, pero ¡ay! que el amor es frágil ó *frigile* y no duró mucho aquella cordura.



Cuando Emerenciano (que ése es el nombre de la víctima) vió en escena á la tiple *Quitolis*, con un traje vaporoso y sugestivo, se acordó, ¡vaya usted á saber de lo que se acordó! y empezó á deslizar frases bastante significativas y *calurosas* en los castos oídos de su bella.

—Fíjate, Puri, fíjate con qué abandono se presenta ella. ¡Qué atrevimiento! Si yo te viera á ti así.

—Calla, por Dios, que nos contempla mamá y si ve el contacto de nuestros codos podría cortarnos de raíz las relaciones.

—¿A mí, tu mamá? ¡Qué me va á cortar, tontona!

—Lo que más me gusta,—respondía ella,—son los calzoncillos del tenor cómico. Si no me equivoco son de punto de *cadeneta*... pero no están bien entallados, porque observo arrugas...

Cuando terminó el espectáculo, salieron á pasear por los jardines y á gozar del fresco de la madrugada.

No sé si precisamente fué el fresco. Lo cierto es que en marzo... Catapum-chin-chin ó Periquito hecho fraile. La Naturaleza se impuso y aumentó la familia, obligando á casarse al fogoso mancebo.

«Oh junio hermoso,
yo te saludo.»

Como dijo el poeta chirle.

***

También cuando se desnudan las mujeres (púdicamente hablando), se visten los árboles.

Pensamiento filosófico de gran trascendencia, que no sé si ustedes lo habrán leído alguna vez y que yo traslado al papel por si no se habían fijado.

Las casas de empeños son las que notan más de cerca los cambios de estación y el estado de bolsillo de los pobrecitos españoles.

Allí se deja en depósito, y por lo general hasta *in eternum,* las prendas que nos sobran en estío. Que *nos sobran* he dicho, y vengo obligado á rectificar. Como sobrar... juraría doble contra sencillo, que no nos sobra nada.

Buena falta nos hace lo poquito con que contamos. En el supuesto que contemos con algo, que ya, ya...

Pero no divaguemos, y con el permiso de ustedes, seguiré.

Hay señora, que empeña hasta el corsé; porque lo lleva forrado de boata... y en verano es más cómodo llevarlo *parisién* ó no llevarlo ¡qué caramba!

¡Cualquiera es capaz de averiguar lo que es más cómodo á las señoras!

Alguna de ellas conozco yo (ó he conocido, por mejor decir, y en evitación de malas interpretaciones por parte *interesada),* que cuando se presenta junio, *se desviste* de tal forma, que es



una preciosidad. Ha habido ocasión que su *toilette,* se ha compuesto de un cubrecorsé, una bata ténue, muy ténue y... un abanico japonés con trencilla encarnada.

Felices los mortales que pueden empeñar algo.

Yo les envidio y venero...

A mí no me queda nada *empeñable.*

Ni la palabra.

Palabra.

J. E. D.



Dos pájaros en el nido

¡Estaba escrito!...

Nicomedes Taravilla, joven aprovechado, de buena familia y con ardentísima vocación literaria, cifró sus ilusiones, como otros tantos infelices, en el arte dramático y desde que concibió el propósito de ser autor, el teatro fué su pesadilla y hubiérase vuelto loco, si algún átomo de juicio le quedara.

Cargado continuamente de libretos, comedias, dramas, zarzuelas, sainetes y entremeses de todos los géneros conocidos, recorría saloncillos, buscaba recomendaciones, molestaba á cómicos y empresarios para conseguir un estreno.

¡Estrenar algo! Ese era su bello ideal; la suma y compendio de sus gloriosas aspiraciones, el *non plus* de sus esperanzas.

¡Pobre Taravilla!

Muy joven, casi un niño, cuando empezó á recorrer la calle de la Amargura, y canas peinará cuando pueda ver realizados sus sueños de oro, si es que, después de tantas fatigas y quebrantos, no para con sus huesos en un manicomio.

¿Creen ustedes que Taravilla retrocediera un paso en el camino de sus bellos ideales por obstáculo más ó menos?... ¡Nunca!

Aquí le rechazaban una obra, allí le *toreaban* lindamente con falaces promesas que halagaban su amor propio de escritor novel; unos le aconsejaban cariñosamente, otros se reían de él, quién le motejaba de loco, y casi tenían razón los que tal pensaban, quién le consideraba tonto rematado y nadie le tendía la mano protectora que el infeliz Taravilla solicitaba, como quien solicita lo que para existir es indispensable.



Elvira, coupletista (Edén-Concert)

Porque para Nicomedes era cuestión de vida ó muerte lograr un estreno.

Por añadidura, estaba enamorado ciegamente de una muchacha morena y coquetilla que con sus encantos habíale seducido; la cual quería que á toda costa su novio fuese proclamado inmortal dramaturgo, digno de codearse con el *mismísimo* don Pedro Calderón de la Barca, lo menos, según ella, que podía desear.

Y Taravilla, que sentía bullir en su cerebro el numen que inspiró sus creaciones al autor de *La vida es sueño*, puso interés decidido en complacer á la hermosa dama de sus pensamientos y se lanzó á la lucha dispuesto á emplear para vencer, cuantos recursos hallara en su poderosa fantasía; y firme en su empeño, pasábase los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro, estudiando modelos, *ora* clásicos, *ora* románticos, bien trágicos, bien cómicos, y gastaba resmas de papel emborronando cuartillas en la traza de planes, bosquejo de escenas, etc. El padre de Nicomedes, archisatisfecho con las disposiciones *excepcionales* de su vástago para el género teatral, decía con la mejor buena fe:

—Nicomedes eclipsará muy pronto la gloria de cuantos autores dramáticos, antiguos y modernos se conocen. Está empezando, como quien dice, y ya todos los del oficio envidian su talento y procuran que no les haga sombra; pero el público sensato le admira y eso es lo que importa. Nicomedes ha de quitar muchos moños, y los ídolos de barro caerán hechos polvo, porque ninguno resiste la comparación con mi hijo, que es una maravilla.

Y enfrascado el buen señor en tales ideas, ni admitía discusiones, ni toleraba dudas acerca del talentazo de su heredero.

No iba en zaga la mamá en lo de contar continuas alabanzas en honor de Nicomedes, haciendo *dúo* á su marido, por lo que la gente creyó que aquella familia estaba compuesta de orates escapados quizás de Leganés. Taravilla, por su parte, no daba paz á la lengua despellejando al prójimo para proclamar la propia suficiencia.

—¡Los clásicos!—solía decir.—Respetables percebes que si hoy vivieran y pensaran como antaño, llevarían una rechifla soberana. El *Quijote*, cuando más, pudiera ser hoy tolerado como labor de principiante modesto, y gracias... ¡Valgo yo indudablemente más que Cervantes, y, sin embargo... no hay quien me lea! ¡Imbéciles!

No he de decir á ustedes cuánto se reirían del pobre iluso los que tales disparatadas razones escuchaban, dichas con singular aplomo y plena convicción, reflejo fiel de lo que pensaba Nicomedes.

Quien molestado por las dificultades que á cada paso encontraba, si no cedía en su empeño, más que por voluntad propia, sugestionado por los apremios de su adorada, tampoco alentaba grandes esperanzas en un triunfo que antes veía muy próximo y de hora en hora íbase alejando, sin que por eso disminuyese lo más mínimo el juicio que del propio valer tuviera.

—Todos me persiguen,—pensaba,—no me protegen, porque valgo más que ellos; son muchos y aunque *llevo dentro* más que todos juntos, me es imposible rendirlos, porque para luchar con reptiles he de arrastrarme como ellos en el inmundo lodazal de sus bajas pasioncillas. Pero no me arredro y algún día lograré aplastarlos, igual que ellos tratan de aniquilarme; el genio siempre ha de padecer los arteros ataques de la envidia: me muerden, porque me temen.

Y cuando un hombre de veinte años concibe tan alta idea de su mérito... ¡cualquiera le hace apear del burro!



Matilde Corbi, notable amazona

Nicomedes, siendo genio indiscutible, no consiguió estrenar, aun apelando á los recursos imaginables.

El padre, hombre rico, derrochó dinero á manos llenas entre cómicos y danzantes, organizando francachelas, comprando apoyos, otorgando favores y procurando allanar el camino á Nicomedes.

¡Ni por esas!

El malogrado autor no *coló* en ninguna parte.

¿Por qué?

Taravilla había errado la vocación,

Hay quien con gallardas aptitudes para zapatero, se dedica á la medicina, con grave detrimento de la humanidad.

Como existen barberos que ni pintados para el Congreso, en donde abrumarían á los padres de la patria con su elocuencia cicerónica.

Quizás Nicomedes hubiera sido un portento en la sastrería, y se metió á escritor dramático y poeta, como pudiera meterse á farolero.

Lo del estreno se prolongaba más de lo conveniente y la boda con Casimira, que así se llamaba la novia de Nicomedes, iba retrasándose también demasiado; por lo que ambos amantes convinieron en apresurar ésta, sin perder por eso del todo las esperanzas en lo otro.

Pocos días antes de realizar el deseado enlace, me dijo Taravilla:

—Me caso.

—¿Por fin?

—Dentro de tres días; ¡ya sabes el afán que tengo por estrenar!

—¿Y lo conseguirás?

—¡Ya lo creo! Cuando me propongo una cosa, tarde ó temprano salgo adelante con ella.

Un mes más tarde, encontré á mi amigo ya casado.

Caminaba pensativo y silencioso, como sumido en honda preocupación.

—¿Qué te ocurre?—le pregunté.

—Nada, que ya soy marido.

—¿Y estrenaste?

—¡Ay, no!... También ahora fallaron mis ilusiones. ¡Estaba escrito!

LUIS FALCATO



Nueva guardia para la esgrima de florete

Átomos

No olvides que por mal de nuestra calma,
el amor vive mientras vive el alma,
y más y más abate
cuanto más lento el corazón nos late.

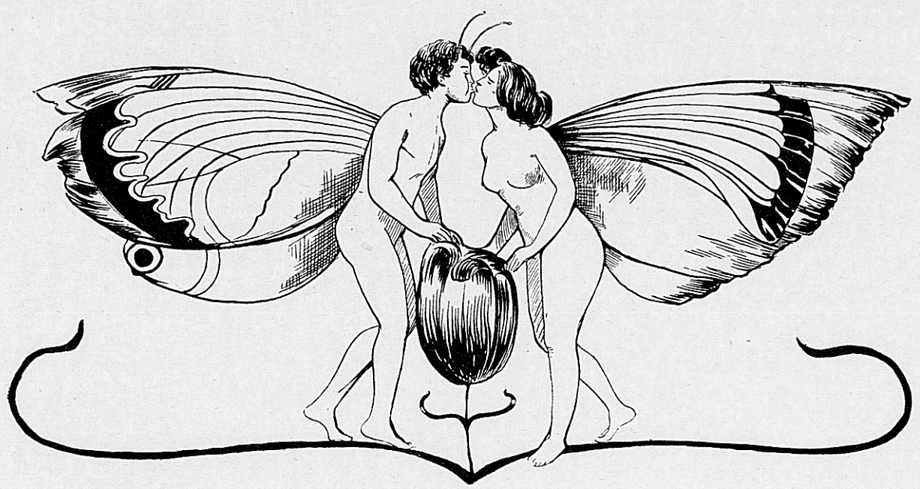
—

No nos hablamos nunca con los labios
por no darnos enojos;
dos almas que se adoran cual las nuestras,
se entienden con los ojos.

—

¿De qué te sirven esos labios rojos
y esas trenzas que dan al oro envidia,
si en tu pecho se encierra la perfidia
y mil cosas te pueden dar sonrojos?

L. CINCOÉS RUIZ



Puyitas

¿Cuándo vas á convencerte
de que es inútil cuanto hagas
para que vuelva á quererte?...

—

—Si lograra redimirme
de mis pasadas locuras,
créalo usté, iba á reirme
del mundo y sus aventuras.
Hoy sería yo el dechado
de todas las perfecciones.
—Sí; el infierno está sembrado
de muy buenas intenciones.

—

¿Pero aun no te has convencido?
¡Si cuando yo me hago el sordo
teniendo tan buen oído!...

—

—¡Qué señora es doña Aurora
más buena! ¿verdad Juanillo?
—No llames á eso señora,
porque es una corredora
de virtudes sin frenillo.

—

—¿Es verdad que has tarifao
con la Inés?
—Hace ya un mes.
—Me lo había figurao.
—¡Estaba ya empalagao
del cariño de la Inés!
—No es tan fácil la Jeroma.
¡Esa sí que se te escapa!
—¿A mí?
—¡A ti!
—¡Pobre Paloma!
Esa no se va de Roma
sin la bendición del Papa.

—

¿De qué te las das, mi vida,
si después de todo, no eres
más que una mujer perdida?

—

Como versificador
eres un vate excelente,
sí, señor;
mas siempre con el candor
de una tórtola inocente.

—

Por ti estuve chiflado
perdidamente,
y hoy de ti me he olvidado
completamente.
El cielo me perdone
la inconsecuencia,
pero siempre se impone
la conveniencia.

—

Después de dar enojos
al mundo entero,
has venido á casarte
con un lechero.

—

—¿Qué te pareció el estreno
de anoche?
—Pues, chico, mal;
porque ni el asunto es bueno
ni la obra es original.
En las pasiones campea
el amor libidinoso;
en fin, no tienes idea
de nada más licencioso.
Lo tomó el público á broma;
y hubo más de un concurrente
que dijo que el autor toma
del francés constantemente.

EUSTAQUIO CABEZÓN

La viuda



—Aquí está, no me engañaba,
es su carta. ¡Qué placer!
Ahora que no está aquí Julia,
lo que me dice sabré.

Pues decían que estaba usted perdidamente enamorado de Luz.

—Nada de eso. No negaré que en distintas ocasiones le he dirigido alguna frase de lisonja, pero de ahí no ha pasado.

—A mí me extrañó mucho, muchísimo. Y hasta lo sentí, porque, vamos, un chico joven como usted, casarse con una viuda...

—Hay viudas adorables. Usted misma si se mira al espejo.

—Sí; pero yo no pienso reincidir.

—¡Líbreme Dios de violentar su voluntad,

—Si yo estuviese en el lugar de Luz, mandaría á usted noramala. No consentiría que nadie se entretuviese en enamorarme.

—Yo no la enamoro. Voy á su casa porque ella me invita. Allí nos reunimos unos cuantos amigos á oir sus dramas, sus novelas, sus poesías, etc., etc.

—Y luego se burlan ustedes.

—La culpa ¿de quién es? Ya que no tiene talento para escribir, que lo tenga para ocultar sus obras.

—No serán tan malas teniendo como tienen ustedes paciencia para escucharlas.

—Es que mientras lee, pensamos en otras cosas.

—En mí, por ejemplo.

—Nunca me he acordado de usted en casa de Luz.

—¡Qué fino!

—Pienso en usted cuando veo una rosa...

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque tiene espinas y es bella.

—Y yo, ¿tengo espinas?

—Una muy grande.

—(Ahora se declara). ¿Sí?

—Sí. El recuerdo de su Paco.

—Es verdad. (¡Qué bruto!)

—(Anda, traga saliva).

—Pepe, voy á confiarle un secreto.

—Usted dirá.

—¿A ver si acierta quién me ha pedido relaciones?

—No sé...

—Angel Montilla.

—¿El camarero del *Lyon d'or*?

—¡Un hombre público!

—El camarero también es hombre, y público.



—Idolatrada Leonor:
Sin ver tu cara me muero;
ven pronto, que ya mis brazos
esperan tu airoso cuerpo.

—Pero es indigno de mi amor.

—Tampoco lo exigiría por entero. Tendría que compartirlo con Paco.

—Ruego á usted que no nombre á mi difunto.

—Yo le suplico que no me hable de amores.

—Usted tal vez lleva á mala parte mis confianzas y...

—Yo las dejo muy tranquilas.

—Conque, ¿cuándo nos casamos? ¡Digo! Usted dispense. ¿Cuándo se casan ustedes?

—¿Habla usted conmigo?

—Me parece.

—Como habla usted de casamientos y yo pienso cuerdamente todavía.

—Basta de disimulos. Usted se casará con Luz.

—Como usted guste. Pero no me siento inclinado.

—¿Quiere usted permanecer soltero?

—No. Comprendo que el matrimonio es el estado perfecto de la criatura. Pero yo he soñado en una mujer y esa mujer vive y es amiga mía y muy guapa y seria y de buena educación y viuda también como usted y ésa será mi esposa el día que yo cambie de genio, que sea para esas cosas más hombre de lo que soy y no se me hagan en la garganta un nudo ciertas palabras.



Anoche pensando en ti,
me acosté y pasé un mal rato.
y estuve más de dos horas
en tus hechuras pensando.



—Te pillé y ya no te escapas.
—¿Me perdonas?
—Te perdono,
pero sigue la lectura,
que lo quiero saber todo.

—¡Bravo! Usted acabará por escribir dramas como Luz. No se incomode usted. Voy á darle un consejo: ¿Usted quiere á una viuda? Pues para conquistarla, fíjese en las condiciones del difunto, y si era bueno, honrado, dócil y trabajador, si tenía un carácter afable, procure asimilarse á él y conseguirá su propósito.

—Yo soy honrado, trabajador...

—No quiero decir eso, Pepe. Cada hombre tiene rasgos particulares y á veces uno de esos rasgos cautiva á la mujer. Luego procure usted no adquirir fama de baila tontas. Aclare los puntos, y si como es de presumir, quiere usted á Luz, que se vea; no vaya con medias palabras que se retiran con mayor facilidad que se pronuncian.

—Rosa, yo no puedo querer á Luz, es una pobre cursi que me da lástima y risa á la vez. Voy á su casa porque me divierte la falsa posición que se ha creado.

—Sí, todo lo que usted quiera; pero á mí me consta que hace pocas noches le llamó usted Iris.

LA SAETA

—Y con mucha razón. Fíjese en su cara y verá que parece una tempestad de fea que es. Observe que en ella se hallan todos los colores y diga si no es justo llamarla *Iris*.

—¡Qué malo es usted!

—Luego la edad. No me siento con aptitudes para anticuario.

—A pesar de todo, tiene buena mata de pelo.

—Ella sabrá lo que le cuesta. Y, en fin, ya le he dicho que ésa no es mi mujer. Yo quiero la guapa sin afeites, la joven rebosante de salud, de vida, la de fino sentir, y elevado pensar, la mujer de mis ensueños... de...

—¿Y existe?

—¡Sí!

—¿Y la conoce usted?

—Es mi amiga.

—¿Viuda también?

—También.

—¿Y ella lo sabe?

—Me lo presumo.

—No atino en quién pueda ser.

—Es... es... usted, Rosa. ¡Es usted misma!

—¡Cómo le parece usted á mi Paco!

—¿Sí? ¿En qué?

—En lo mucho que le cuesta decir las cosas.

F. CUENCA PI



—Aquí el tuno pide... —¿Besos?
—Pide otras cosas peores.
—¡Bah! lo mismo que mi Antonio, pero yo digo que nones.

Rápida

La mamá dormita plácidamente en una mecedora colocada frente al balconcillo que da acceso al jardín.

Carlos y Matilde, sentados en un diván cercano, están hablando quedamente. A intervalos callan sus labios y se contemplan con amoroso arrobamiento, pareciendo que el amor que entrañan sus almas quiera salir por el límpido cristal de sus ojos y comerse á besos...

—¡Qué hermosa eres, Matilde!—murmura él, cogiendo las blancas y finas manos de su amada.—Dime, ¿me amas mucho?

Ella entorna los ojos dulcemente, reclina su cabeza de abundante cabellera negra como el azabache, y dice muy quedo, tan quedo que semeja su voz el suspiro del aura:

—¿Y lo preguntas, ingrato?

El galán no contesta; acerca sus labios á los de Matilde y resuena un ruidoso beso en la estancia.

La doncella, subyugada, se levanta, se acerca al piano, cuyo blanco teclado brilla al reverberar el sol en el marfil, y hace correr sus dedos arrancando notas de una melodía triste y dulce, que enerva.

Concluída la tocata de Strauss, contempla la niña á su amante, que está adormilado. Se acerca á él amorosa y le pregunta:

—¿Te aburre esta *pieza*, querido?

El la contempla fijamente y exclama:

—Confieso que sí.

—Di, pues, ¿qué quieres que te toque?—repuso candorosamente Matilde.

Carlos guiña el ojo maliciosamente, y exclama con desparpajo:

—¡¡El morrongo!!

R. H. M.

APUNTES COMICOS, *por Olivieri*



Don Lino, doña Purificación y lo que vende doña Purificación



(Leyendo) «Se necesita una señora sola, con diez mil reales de renta al mes.»
¡Toma! Esto lo necesita cualquiera.

—¿Conque usted es el marido de la Pitillos?
—El mismo.
—Debiera haberlo conocido en la contextura de la cabeza.

El maquinista

Al toque de la campana entraban todos los operarios al taller. Cambiaban sus chaquetas por las blusas, dejaban sus sombreros en las perchas, apuraban con ansia la colilla del cigarro y frotándose las manos cada cual iba á colocarse en su puesto. Al poco empezaban las ruedas á moverse con indolencia, así como si sintieran la pesadez que sienten los miembros humanos al dejar el descanso en las primeras horas de la mañana; el gemir de las correas al ondular sus movibles parábolas era un bostezo con que las máquinas desentumecían sus músculos de hierro para disponerse á la faena.

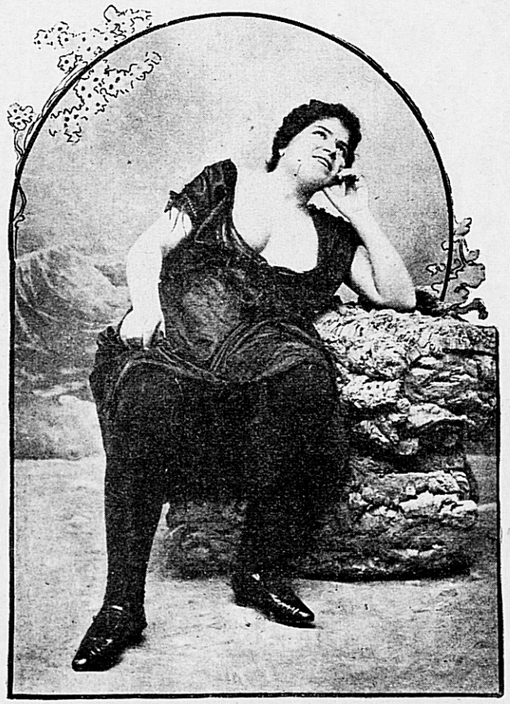
Poco tiempo después todo se movía con vertiginosa furia y se estremecía con las fecundas convulsiones de la labor. Y en medio de aquel estruendo estridente, cantares y cantares saliendo de los labios, iban á confundirse con el rechinar de los engranes y con el gemido de los ejes.

En una de las máquinas grandiosas del taller se destacaba un hombre alto, moreno, de rostro inteligente y de fruncido entrecejo en que se reflejaba el constante bullir de una idea fija. Gobernaba la máquina con destreza suma y no desplegaba sus labios para nada, que no fuera una orden, algo que á su trabajo fuera anejo.

Marcial era su nombre, y dicen muchos que jamás lo encontraron de tan mal ceño y en tan extraordinario silencio.

Marcial había crecido junto á aquellas ruedas, allí se educó, allí recibió sus primeras nociones de mecánica, porque su padre fué maquinista de la fábrica y tuvo decidido empeño en que su hijo lo fuera también.

Murió su padre y Marcial fué su único heredero y heredó, lo que heredan los pobres, un puesto en una máquina y un jornal, no muy largo, á modo de protección espléndida de un amo, en atención á los buenos servicios de aquel padre.



Esperando el maná, ó cosa así

Y Marcial le tenía una ley á aquellas piezas, que al desmontarlas y volverlas á atornillar, sentía con el contacto de aquel hierro las mismas emociones que un avaro cuando siente la impresión entre sus dedos de las monedas de oro que recuenta.

Era Marcial así como una propia pieza de aquel aparato, no pudiendo vivir el uno sin el otro; porque alguna vez que estuvo enfermo este operario, la máquina extrañó nuevas manos y también pareció enferma, descomponiéndose.

Desde que murió el padre de Marcial, éste no tuvo más afanes que sus horas de entrada, ni otro sér á quien amar sino á su máquina.

Cuando tuvo penas á ella se las contó tan solamente y no pocas veces rodaron por los hierros de sus ejes las lágrimas amargas que brotaron de sus ojos.

Cuando tuvo alegrías, cantó siempre al compás de su ruido las dulces emociones de su alma, como si aquellas ruedas vertiginosas fueran el clavijero que él pulsaba para templar las cuerdas que habían de acompañarle sus cantares.

Marcial tenía allí puesta media vida: hasta su sangre regó más de una vez el sucio hierro, cuando distrajo su atención en otras cosas que debían preocuparle, y la máquina le mordía los dedos de rabia como diciéndole: ¡no pienses más que en mí! Era celosa.



Un capricho singular
de los muchos que ésta tiene,
pues cuando se va á aburrir,
con su amiga se divierte.

No hacía mucho tiempo que Marcial estuvo á punto de ser devorado por las furias de aquel férreo monstruo. Andaba cabizbajo y sombrío y pensaba en alguna de esas cosas que á veces se nos agarran tan dentro, que hay que cerrar los ojos para verlas y hacen perder la calma y el sosiego. Lo cogieron las ruedas y á no acudir un diestro compañero, hubiera perecido sin duda. Después le oyeron hablar solo con la máquina como dándole íntimas satisfacciones.

—Tienes razón,—decía,—debiste estrangularme entre tus volantes; ¡se pone uno á ratos tan imbécil!... Confieso que no debo pensar más que en ti; tú eres mi única amiga verdadera, tú sola me sabes consolar en mis penas y acompañar en mis alegrías; tú sola me comprendes en el mundo y debes castigarme cuando las miserias de la vida separan mi pensamiento, que siempre fué tuyo, de tu lado...

Y le decía todo eso al monstruo de hierro como si pudiera oirlo, como si se lo contara á una madre cariñosa, á quien no había conocido. Marcial era casado hacía cuatro años. Se vió solo en el mundo y quiso compartir sus puros afectos entre su máquina y una mujer que con él formara su hogar honrado y fecundo para vivir en paz y en gracia de Dios.

Su mujer, vanidosa y puesta en las cosas de la vida, pronto amargó las horas del esposo con exigencias tontas y menguadas; y Marcial, que la quería como á las niñas de sus ojos, sufrió horriblemente desdenes y despegos, hasta amenazas vergonzosas de aquella esposa injusta y vulgar.

Estas eran desde hacía algún tiempo las preocupaciones de Marcial, por las que fué castigado con los celos de la máquina. ¡Qué diferencia de una á otra!

El monstruo, todo cariño, todo actividad; todo vida, todo alegría, todo fecundidad; la mujer, desprecio, indiferencia, muerte, esterilidad... ¡ni aún fecunda! Sólo esa gracia la hubiera redimido á los ojos de Marcial.

Y él sentía esa poesía de la vida del hogar, esa belleza del ambiente que rodea á dos seres que se aman mucho y que viven una sola vida y que tienen un solo pensamiento y que lloran unas mismas lágrimas y que ríen unos mismos gozos, embriagándose en una esperanza común...

Marcial soñó otra cosa. Una mujer que lo enloqueciera á besos con su amor ó lo ahogara entre sus brazos con sus celos... ¡Como la máquina!

¡Pobres ilusiones!

Por fin sucedió lo que fué. Los sueños de grandeza de aquella mujer mala, fueron halagados por alguien criminal; y algo hubiera ganado aquel esposo víctima, si hubiera dado fin á sus propósitos de una noche, en que tuvo ya el brazo levantado para acabar de una vez con aquella vida ruin que envenenaba la suya.

¡Pero la quería tanto!...

Un día fué Marcial á su casa y en ella no encontró á nadie. Buscó por todas partes y sólo cuatro líneas encontró en un papel en el que su mujer se despedía para siempre de él. ¡Se iba con

otro! Pero se iba muy lejos, muy lejos, donde no podría encontrarlos; de no ser así, Marcial hubiera hecho lo que corresponde á los hombres en tal caso... ¡qué desesperación! ¡No tener el consuelo de saciar su apetito de venganza!



Hasta la madre naturaleza, presta ayuda á las coquetas.

Y Marcial reflexionó, recobró su calma y recordó su máquina. Ya era hora y lo esperaba; tal vez como otras veces, le inspirara aquel monstruo cariñoso algún consejo, le diera alguna luz y calmara su inmenso dolor, su amarga desventura.

. . . . . .

¡Aquella tarde sí que estaba Marcial cejijunto y sombrío! Se puso en la máquina y no hacía nada de provecho. Pensaba y pensaba hasta quedar aletargado largo tiempo. Entretanto todo se movía indiferente y vertiginoso y se estremecían las ruedas con las convulsiones de la labor, mientras cantares y cantares saliendo de los labios, iban á confundirse con el rechinar de los engranes y con el gemido de los ejes.

De prontó sonó un grito de dolor.

Cuando todos volvieron la cabeza hacia el punto de donde había salido, se encontraron un triste cuadro que horrorizaba. Marcial, cogido por las correas de transmisión fué rápido como un rayo al volante de la máquina, que estrechándolo entre sus brazos de hierro, destrozaba su cuerpo y salpicaba de sangre techos y paredes. ¡Los celos, los celos! El último abrazo de la máquina que apurando su amor salvaje, estrechaba á Marcial con cariño de muerte, y como siempre, le daba el remedio de sus penas entre el bárbaro gemir de sus enormes piezas; porque entonces, gemía la máquina como nunca, con dolor estridente, inmenso.

Y los que vieron á Marcial llegar hasta la rueda, dicen que sonreía con alegría feroz, como diciendo: ¡Bendita seas, máquina; tú sí que me quieres... es así como yo quería el amor, como el tuyo... yo no debí pensar más que en ti... te falté por una mujer mala, me castigas y me abrazas con desesperación para matarme.—¡Tú sí que me querías!...

P. JARA CARRILLO

(De su libro *Gérmenes*)



Rosita, tanguista (Edén-Concert)

No extrañéis...

No extrañéis, niñas hermosas,
alegres cual ruiseñores,
no sean todas las flores
cual vuestro aliento olorosas.
No extrañéis, no, candorosas,
que, tristes como mi canto,
no tengan bello color
las flores del camposanto...
¡Es que las siembra el dolor
y están regadas con llanto!

ABELARDO DELGADO





Galería de bellezas: (16 y 17 de la serie)

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA

ROMÁN GIL-EDITOR

PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado ó La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)

Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 13, librería.